



Paz y Bien

BOLETÍN MENSUAL DE LA ORDEN MÍNIMA FRANCISCANA

JUNIO DE 2015

Número 160

Donativo \$7.00 M.N.

Fiesta de Nuestra Señora



del Perpetuo Socorro
27 de Junio

Nuestra Estrella

Muy queridos lectores y bienhechores, y hermanos del alma, este número de “Paz y Bien” tiene el honor de presentarles la historia de la milagrosa Imagen de Nuestra Reina y Madre, la Virgen del Perpetuo Socorro. Siendo Ella la Patrona de nuestra Obra, es preciso que proclamemos sus glorias y los prodigios que ha obrado a favor de

los pobres desterrados hijos de Eva que vamos gimiendo por el mar tempestuoso de esta vida mortal. Una vez convencidos de los muchos beneficios que Dios nos concede por su poderosa intercesión, propaguemos su devoción, ya que según la tradición, Ella misma dijo a San Lucas: “Lleve esta Imagen mi Perpetuo Socorro”. Así sea.

La Imagen

Cuando contemplamos el milagroso cuadro del Perpetuo Socorro de María, lo primero que advertimos es cómo la atrayente figura de la Reina del Cielo se destaca sobre un espléndido fondo de oro; aparece de medio busto y en actitud de quien está de pie, sosteniendo en su brazo izquierdo al Divino Niño, al mismo tiempo que con la mano derecha estrecha y acaricia las mane-





oro. Brillan en la parte de la frente una estrella y una cruz y sobre el hombro derecho se ve cómo pende una elegante esclavina realzada también con franja finísima de oro. Sobre la frente, debajo del manto

de citas de Jesús. Es el rostro ovalado y el color del mismo, trigueño; sus bellísimos ojos matizados de color verde oliva; sus cejas, admirablemente arqueadas, son negras; tiene la nariz fina y recta; es su boca pequeña, largos y afilados sus dedos. En una palabra, es toda su apariencia exterior acabado trasunto de la belleza oriental.



Lleva como vestido una túnica roja y manto azul turquí, forrado de verde, el cual cubriéndole primero la cabeza, baja después con

y en el mismo borde de él, se descubre una cofia o velo color verde mar, que mantiene recogidos sus cabellos y se muestra adornado a su alrededor con una franja blanca.



Tiene el Divino Niño el cabello de color castaño y las facciones infantiles, pero el rostro no se halla del todo bien proporcionado; viste una túnica verde con mangas anchas y largas, y ciñe la cintura con una faja roja. La sandalia del pie derecho se halla como desprendida y colgando de él.

amplio vuelo, cubriendo casi por completo todo su talle. La túnica, tanto alrededor del cuello, como en la manga que aparece perfectamente ajustada a la muñeca, se halla adornada con anchas franjas de



Su significado

A la derecha e izquierda del grupo principal del cuadro vemos dos ángeles; es el de la izquierda el Arcángel San Gabriel, el cual en actitud de adoración y con las manos cubiertas por



respeto, con un extremo del manto que lleva, presenta la cruz y los clavos de la Pasión; por lo que toca al de la derecha es el Arcángel San Miguel, que en forma semejante presenta el vaso de la hiel y vinagre, dentro del cual van las astas así de la lanza como de la esponja.

En lo alto se leen las letras griegas: MP OY las cuales significan: Madre de Dios. Próximo a la aureola del Niño aparece: IC XC, es decir, Jesucristo. Sobre el ángel que se halla a la derecha se ve: O A P M, es decir, el Arcángel Miguel, y encima del ángel de la izquierda, encontramos O A P T, eso es, el Arcángel Gabriel.

Consideremos el íntimo significado del cuadro milagroso. Primeramente la singular actitud y postura del Divino Niño viene a ser como la clave que nos da a conocer el profundo y conmovedor sentido que se encierra en toda esta composición pictórica. Ya desde el primer instante de su humana existencia tuvo Jesús ante su vista la sangrienta tragedia con que había de coronar una vida tan llena de humillaciones y dolores, siendo ello causa de que su alma estuviera siempre sobremanera angustiada con esta horrible visión de tormentos: “Mi dolor está siempre ante mis ojos.” (Sal. XXXVII, 18) Y a la verdad, que la agonía que padeció en el Huerto de Getsemaní en la víspera de su Pasión y aquel grito desgarrador: “Mi alma está triste hasta la muerte,” fueron una manifestación extraordinaria de la angustia que padeció el Corazón de Cristo.

Sin duda que el pintor del venerado cuadro quiso en alguna manera reproducir en la infancia de Jesús la dolorosa escena de Getsemaní. Vemos cómo en el cuadro aparece el Niño Jesús vivísimamente impresionado a la vista de los dolorosos instrumentos de la Pasión que le presentan los ángeles, al mismo tiempo que procuran confortarlo con su amorosa y reverente actitud. Aterrorizado por la terrible visión, acude presuroso a buscar un

refugio entre los brazos de su dulcísima Madre, y por eso, aunque tiene aún vuelto el rostro hacia la terrible visión se acerca más y más al regazo de María, uniéndose más estrechamente con Ella y asiendo con sus manecitas las manos de su amantísima Madre, como si implorase su socorro.

Al verificar ese movimiento súbito y rapidísimo, cruza la pierna derecha con la izquierda y al desprenderse del pie una de sus sandalias, se queda pendiente de él.

Entonces María lo estrecha maternalmente contra su regazo, acercando con amorosa compasión su cabeza a la de Jesús, cual si qui-

siera protegerlo. Se cubre su rostro como con un velo de misteriosa tristeza y se dilatan sus ojos apareciendo como arrasados en lágrimas. Sin embargo, no se vuelven sus miradas hacia el Hijo querido, sino que más bien se fijan hacia delante, como si quisieran descansar sobre nosotros, llenos de la más tierna compasión. Parece que, como si estuviera más preocupada por la vista de nuestras miserias que por la angustia que padece su amadísimo Jesús. Su actitud maternalmente compasiva y triste nos la presenta como verdadera corredentora, participante de los dolores de su Divino Hijo e intensamente solícita por la salvación del mundo.

La historia

San Lucas, médico primeramente de Antioquía, y luego compañero de San Pablo en el apostolado y Evangelista, fue asimismo pintor, dejándonos como fruto de su arte esa imagen de María Santísima con el Divino Niño en los brazos. En no pocas ocasiones, había podido San Lucas ver a la Santísima Virgen y hablar con Ella, por lo que, recogió muchos



datos particulares de la infancia de Jesús, que luego refirió en su Evangelio después de haberlos escuchado de labios de María.

Fue conservada esta imagen en Antioquía hasta fines del año 439 en que fue ofrecida como regalo a la Emperatriz Santa Pulqueria. Mandó ella construir en su capital de Constantinopla una iglesia y allí quedó expuesta la imagen de San Lucas, a la pública veneración, y comenzó a ser llamada por el pueblo Odiguitria, es decir, Conductora o Guía. Bien pronto recibió fervoroso culto en Constantinopla y en todo el Oriente.

Habiendo sido tomada Constantinopla el año 1204, los venecianos que se hallaban al frente del ejército latino, se apoderaron de la tan celebrada Imagen. Pero habiendo recuperado Constantinopla el Emperador Miguel Paleólogo en el año de 1261, mandó inmediatamente antes de entrar en la ciudad que le trajeran de la iglesia de los venecianos la sagrada Imagen y haciéndose preceder de ella, entró en su capital por la llamada Puerta Dorada.

El 30 de mayo de 1453 los turcos tomaron posesión de Constantinopla y durante el asedio, después de haber despojado a la santa Imagen de los preciosísimos tesoros con que estaba enriquecida, la hicieron pedazos. Parece que, razón hay para decir que la misma Virgen María, la Madre compasiva

por excelencia, se vio obligada a abandonar a un pueblo que, cegado y ensoberbecido por el abuso de una luz tan grande, como era la que había irradiado la fe en aquellos remotos países, se quería seguir fiel a la fe recibida.

Reproducciones y vicisitudes

Como suele acontecer con todas las imágenes más célebres y veneradas, fue la Odiguitria durante todo el tiempo que brilló en su santuario de Constantinopla, reproducida con suma frecuencia y sus copias se difundieron por doquiera, singularmente en las regiones orientales de rito griego. En Rusia existen no pocas reproducciones de la Imagen y una prueba de ello es la que se venera en la ciudad Smoleusco, la cual lleva escrito el título de Odiguitria sobre el hombro derecho de la Santísima Virgen.

Por lo que refiere a nuestra Imagen del Perpetuo Socorro, da bien a conocer que tiene grande parecido con la celebrada Imagen de San Lucas. Sabido es cómo en muchas partes del Oriente cristiano son grandemente venerados antiguos iconos, análogos al nuestro, singularmente en Rusia donde llevan el nombre de Strastnaia, que quiere decir Virgen de la Pasión.

Resulta bastante difícil determinar cuándo y dónde fue elaborada la Imagen del Perpetuo Socorro. La probable época de

su composición es el siglo doce o trece, cuando el influjo del arte italiano vino a producir una especie de renacimiento en el arte bizantino. El lugar de origen donde se llevó a cabo tal composición todo hace creer que fue en alguno de los países orientales y puede con mucha verosimilitud deducirse que fue pintada la Imagen en la isla de Creta, al sureste de Grecia. Fue también conocida la isla con el nombre de Candía, por ser el nombre de su capital.

Quedó la isla de Creta sin el tesoro de nuestra Imagen del Perpetuo Socorro, no por invasión de turcos o venecianos, sino por uno de sus mismos hijos...

Un mercader cretense un día furtivamente arrebató la hermosa Imagen del Santuario en que se

encontraba y ocultándola entre sus mercancías, se hizo a la vela con rumbo a Italia.

Sean cuales fueren los fines que en tal hurto se vieren, es lo cierto que se sirvió Dios de la reprochable acción de este mercader para realizar sus providenciales designios por que se refiere a esta Imagen de su Madre bendita.

El mercader cretense, con la sagrada Imagen escondida entre las muchas cosas que llevaba, iba de un puerto a otro por los mares de Italia, realizando sus operaciones comerciales. Pero he aquí que un día se vio de pronto asaltado por una de esas terribles tempestades a cuya implacable violencia no podían hacer frente las naves de entonces. Los pobres pasajeros desesperando ya de salvarse se encomendaron a

Dios y a la Santísima Virgen. Y sucedió entonces que contra toda esperanza repentinamente, sin más, se quedó el mar tranquilo y todos se vieron libres del espantoso naufragio que les amenazaba. La impresión de todos fue que si habían logrado escapar incólumes de tan grave peligro, debían atribuirlo, sin duda, a singularísima protección del cielo.





Sólo el mercader cretense experimentó la íntima convicción de que la Imagen milagrosa de María, que consigo llevaba, había sido la causa de tan extraordinario favor, pero se guardó muy bien de comunicarlo con nadie, por temor de que los demás pasajeros considerasen la tempestad como castigo del robo sacrílego que había realizado y acaso, como a nuevo Jonás, lo arrojaran en medio de las olas.

En Roma

Finalmente, después de cerca de un año empleado en su gira comercial arribó el mercader a la costa romana y pasó luego a la Ciudad Eterna, llevando siempre consigo el sagrado y preciosísimo tesoro, oculto entre sus mercan-

cías. Corría el año 1496 o 1497.

El mercader, una vez cumplidos sus negocios, se disponía a partir, cuando se vio de pronto acometido por extraño malestar que le obligó a guardar cama. Mandó llamar a un amigo para rogarle que le recibiera en su casa y éste lo recibió, ofreciéndole

los cuidados y desvelos de su esposa. Sin embargo, el enfermo fue empeorando hasta quedar reducido al último extremo. En aquel supremo trance uno de los pensamientos que más vinieron a preocupar al mercader fue la Imagen de María que a escondidas había sacado del Santuario de Creta y que todavía conservaba oculta entre su bagaje. Llamó, pues, a su amigo y con lágrimas en los ojos le suplicó que había de prometerle un favor extraordinario para después de su muerte. El amigo prometió.

Alentado con la solemne promesa, le descubrió el mercader por completo la secreta historia de la Imagen que entre sus objetos llevaba y añadió: “Ya que mi próxima muerte me impide devolverla a la pública veneración allí donde yo había calculado, te ruego que la confíes a aquella iglesia de Roma

que consideres más digna de poseerla, a fin de que así pueda recibir culto público”. El mercader murió poco después muy cristianamente.

El amigo muy fácilmente se dejaba dominar por su esposa, quien se apoderó de la Imagen y la colocó en su dormitorio, orgullosa de poseer una imagen tan preciosa traída de Oriente. Llegaron a transcurrir hasta seis meses sin que el amigo se resolviera a poner por obra aquella grave obligación.

Un día tuvo un sueño donde le pareció ver a la misma Virgen María que con tono maternal, pero al propio tiempo grave y serio le recordaba cómo no podía lícitamente retener aquella Imagen, sino que más bien debía procurar quedase expuesta a la veneración pública en alguna iglesia. Al despertarse sintió fuertes remordimientos de conciencia, por su culpable dilación, pero no siendo capaz de imponerse a la voluntad de la esposa, procuró a sí mismo persuadirse de que no era aquella sino una vana ilusión producida por un sueño sin importancia.

Volvió la Santísima Virgen a renovarle el aviso, pero con el mismo inútil resultado. Por tercera

vez le intimó la misma advertencia, añadiendo tristemente: “Si no entregas esa mi Imagen a alguna iglesia, morirás.” Quedó esta vez el pobre hombre aterrado y venciendo toda cobardía relató a su esposa los sueños que había tenido. Irritada la mujer comenzó a lanzar toda suerte de improperios contra su marido y éste se desanimó y no fue capaz de reaccionar, colmando de esta manera la medida de su responsabilidad.



Con todo, la Santísima Virgen, buena siempre y compasiva, se le apareció en sueños por última vez y le dijo: “Mira, ya te he advertido repetidas veces que me sacases de aquí y no has querido obedecer; ahora se impone que salgas tú primero de esta casa; ya me

buscaré yo después un lugar más adecuado y honroso.”

Algunos días después salía de aquella casa un fúnebre cortejo; era el cadáver del hombre que había sido infiel a la promesa hecha junto al lecho de muerte del mercader cretense.

La viuda no creyó seriamente que aquella muerte guardase relación con la amenaza del sueño, porque continuaron reteniendo la Imagen en su casa, como si nada hubiera acontecido. Una noche amonestó en sueños Nuestra Señora a la testaruda mujer que cediera la Imagen con el fin de ser expuesta a la pública veneración, y añadió: “...que de no obedecerla no tardaría en sorprenderles la muerte así a ella como a su padre”.

Mucho conmovió a la mujer lo extraordinario del caso y ya estaba dispuesta a obedecer cuando el astuto viejo logró apartarla de su intento, haciendo brillar ante sus ojos el montoncito de oro que podía proporcionarle la venta de la Imagen.

Quiso la celestial Madre emplear un último recurso. Tenía aquella mujer una hijita que contaba cerca de seis años y quiso la Virgen valerse de esta inocente criatura para

vencer de una vez para siempre la obstinación de aquellas tercas voluntades.

Un día mientras la niña se hallaba completamente sola en la habitación donde estaba colocada la Imagen, vio delante de sí una hermosísima Señora, llena de gracia y de bondad, la cual le dijo: “Vete y di a tu madre y a tu abuelo que Santa María del Perpetuo Socorro os avisa que la saquéis fuera de vuestra casa; de no hacerlo así, moriréis todos”.

Estas sencillas palabras de María contienen una revelación de capital importancia. El título de “María del Perpetuo Socorro” no se había oído nunca hasta entonces; por vez primera brotaba este título de los labios mismos de María.



La afortunada niña escogida por la Santísima Virgen para ser su mensajera no bien hubo escuchado las palabras de labios de la hermosa Señora, corrió inmediatamente al lado de su madre y le contó todo cuanto había visto y oído. La madre se conmovió profundamente y comenzó a llorar, reconociendo al fin que había menospreciado las órdenes de la Virgen Santísima y que había sido la causa de la muerte de su marido.

Ya no faltaba sino buscar entre las iglesias de Roma la destinada a ser el santuario de la Madre del Perpetuo Socorro. Apareciéndose Ella de nuevo a la niña, le dijo: “Vete y di a tu madre que exponga mi Imagen entre Santa María la Mayor y San Juan de Letrán, en la iglesia dedicada a San Mateo, Apóstol.

La viuda, para dar cabal cumplimiento a las órdenes de María Santísima, se dirigió a San Mateo y allí contó a aquellos religiosos agustinos toda la historia de la veneranda Imagen, ofreciéndosela para que en su Iglesia fuera expuesta a la pública veneración. Aquellos religiosos, llenos de alegría por haber sido escogidos por la misma Virgen Santísima para ser custodios de la veneranda Efigie, aceptaron sin vacilar la propuesta que la viuda les hacía.

Aquel día era un miércoles santo, 27 de marzo de 1499, cuando la hermosa Imagen traída de Creta fue al cabo sacada de la oscuridad de una casa particular y llevada en triunfo al nuevo santuario de San Mateo. Nuestra Señora del Perpetuo Socorro fue a establecer su trono en el altar mayor del Santuario por Ella misma escogida.



En 1779 la Iglesia de San Mateo quedó totalmente destruida por obra de la Revolución Francesa. Los agustinos se refugiaron en el vecino convento de San Eusebio, de donde después se trasladaron al convento de Santa María en Posterula y allí también trasladaron la Imagen donde fue colocada sobre el altar mayor.



Ese mismo año el Padre Douglass, Redentorista, buscaba en Roma un lugar en donde poder establecer la residencia del supremo gobierno de la congregación fundada por San Alfonso María de Ligorio.

Logró comprar una quinta que comprendía toda el área de la derribada Iglesia de San Mateo. Esto sucedía en el año 1856.

Hacia el año 1845 pasó a residir en el convento de Santa María en Posterula un anciano hermano lego llamado Agustín Orsetti. Desde su juventud había pertenecido al convento de San Mateo y había sido testigo privilegiado de las glorias de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Por aquella época un niño romano, Miguel Mareni, frecuentaba el convento como acólito. Quería mucho a Miguel el anciano Hermano Agustín, y habiendo quedado ciego repetía con insistencia a Miguelito: “Fíjate bien, Miguelito; la Madonna de San Mateo es la que está allá arriba en la Capilla; no te vayas a olvidar.”



Entretanto Miguelito, llamando a muchas puertas con ánimo de realizar su anhelo de tomar el estado eclesiástico, fue recibido por los Redentoristas y después de algunos años de preparación fue ordenado sacerdote.

Hallazgo providencial

Por el año de 1862, estando en su recreación los Padres Redentoristas, el cronista comentaba cómo hojeando un libro antiguo que había encontrado con algunas noticias muy interesantes acerca de una Iglesia dedicada a San Mateo y cómo en ella había sido venerada una Imagen prodigiosa llamada Virgen del Perpetuo Socorro. Sin embargo, no hay en la actualidad nadie que sepa dónde haya ido a parar esta Imagen. Al oír el nombre de Madonna del Perpetuo Socorro, el Padre Mareni (Miguelito) experimentó de súbito una impresión extraordinaria, y en el fondo de su memoria resonó la voz del anciano Hermano Agus-



tín, repitiendo aquellas insistentes palabras en que no había vuelto a pensar más. Reflexionó un poco y luego volviéndose a los presentes exclamó: “Esta Imagen existe todavía y yo sé dónde se debe encontrar. Yo la he visto cientos y millares de veces”. Y refirió a continuación lo que le había ocurrido con Fray

Agustín Orsetti.

Grande fue la alegría que se apoderó del ánimo de todos por el imprevisto e inesperado descubri-

miento, y se encendió el deseo de poseer aquella Imagen, sobre todo hallándose su Iglesia cabalmente en el mismo recinto donde estuvo la antigua consagrada a San Mateo.

El 11 de diciembre de 1865 el Superior General de los Redentoristas se presentó al Sumo Pontífice Pío IX y le refirió en breves palabras la historia de la prodigiosa Imagen y le dirigió una humilde instancia para que Su Santidad se dignara dar alguna orden por la cual fuera de nuevo expuesta a la pública vene-

ración en la Iglesia de San Alfonso, única que reunía las condiciones requeridas por la misma Santísima Virgen. El gran Pontífice, cuya devoción a María era tan tierna y fervorosa, quedó profundamente conmovido al oír la historia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro y en aquel mismo instante por medio de documento autógrafo ordenó que la venerada Imagen, oculta a la sazón en Santa María in Posterula, volviera a ser colocada sobre el Esquilino, en la Iglesia de San Alfonso María de Ligorio.

El triunfo

Después de una conveniente preparación, el día 26 de abril de

1886 volvió la Virgen del Perpetuo Socorro a quedar entronizada, según su deseo, entre las Basílicas de Santa María la Mayor y San Juan de Letrán. Se vistieron de fiesta aquel día venturoso todas las calles de casas circunvecinas y fue inmensa la muchedumbre que desde los barrios más apartados de Roma acudió para venerar la prodigiosa Imagen que por la tarde de aquel mismo día fue llevada en triunfo por las calles adyacentes.

Continuó en los días siguientes numerosísimo concurso de fieles a la Iglesia de San Alfonso, y entre ellos fue visto el mismo Sumo Pontífice Pío IX, el cual se quedó como extático ante la Sagrada Ima-





en adelante la solemnidad anual conmemorativa de la Virgen del Perpetuo Socorro.

En la actualidad su fiesta es el día 27 de junio.

Terminemos con estas hermosas estrofas:

gen, exclamando: “¡Qué hermosa es!” y quiso además que se colocara una copia de la misma en su oratorio propio.

Al año siguiente, el 23 de junio, fue puesta sobre la cabeza de María Santísima y sobre la del Divino Niño una riquísima corona de oro esmaltada de gran número de piedras preciosas.

Era aquel día domingo, el que precede a la festividad de San Juan Bautista y precisamente por tal circunstancia en tal día se fijó para



Iglesia de San Alfonso en Roma, donde está actualmente entronizada la Madre del Perpetuo Socorro



*Quiero vivir tan sólo para amaros
Y ser vuestro esclavo, celestial Señora
Quiero en el alma sin cesar llevaros
Hasta el sonar de mi postrera hora.*

*Quiero vivir, purísima María
Cifrando en Vos mi dicha y alegría
Quiero vivir debajo de vuestro manto
Y en él secar las gotas de mi llanto.*

*Para que Os ame y Os invoque siempre:
Venid en mi socorro, o Madre de bondad.*

*Pero no quiero este tesoro sólo para mí.
Por eso: para que incline al prójimo
A amaros e invocaros:
Venid en mi socorro, o Madre de bondad.*

¡Sea para gloria de Dios!

www.minimasfranciscanas.org